

NOTICIAS DE UN IDILIO PASAJERO: LA NACIÓN Y EL REGRESO DE PERÓN

Juan L. CARNAGUI

Introducción

Trabajar sobre la prensa escrita no siempre resulta una aventura sencilla. Por el contrario, la gran mayoría de este tipo de trabajos suelen dedicarle una parte de ellos, no menos que sustancial, al análisis exhaustivo de la fuente que pretenden indagar. Esto suele suceder con mayor frecuencia cuando se trabaja con una revista o periódico ignoto dado que, obligadamente, hay que dedicarle un apartado a la presentación del mismo. Por el contrario, cuando lo hacemos con un periódico hartamente conocido, como bien puede ser el diario *La Nación*, podemos omitir este aspecto para concentrarnos en otras cuestiones de nuestro interés, dando por sentado un conocimiento generalizado sobre el lugar, la tradición y el posicionamiento histórico que ha representado este periódico a lo largo del tiempo. Si vale a modo de aclaración, siguiendo a Ricardo Sidicaro¹, podría decirse que ha sido uno de los diarios más distintivo de los sectores propietarios del país.

1. Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Las noticias del diario *La Nación* constituyen en sí mismo un extenso conjunto de fuentes para analizar. Qué informaban y cómo lo hacían constituye un registro determinado que articula el presente trabajo, en el que se entiende a este periódico como “una matriz decodificadora de los hechos sociales que organiza el conocimiento sobre una realidad que al mismo tiempo construye”². Las líneas que siguen intentaran desarticular esa construcción de una “realidad ficcionada”, a partir del análisis en concreto del posicionamiento que adquirió *La Nación* frente al retorno de Perón tras sus largos años de exilio. Si su regreso marcó un hito en la historia argentina, lo cierto es que, en forma similar, también significó un cambio, no menos que evidente, en cómo *La Nación* comenzó a repensar no sólo al movimiento sino a su líder. Así, comenzaban las primeras noticias de un idilio, aquel que vinculó al periódico más tradicional de la Argentina con el líder más importante de la política de entonces, idilio que sólo culminaría con la muerte de Perón.

Desprendiéndose de su pasado antiperonista, comenzó desde 1972 a vislumbrar a Perón como el político apropiado para la democracia que se asomaba. En forma similar, 20 años antes, la política económica que había adoptado el peronismo en el gobierno fue pretexto suficiente para el acercamiento entre *La Nación* y el líder que perduró entre 1952 y 1955. Una serie de medidas tendientes a favorecer la producción agropecuaria, que fueron denominadas *a posteriori* como “la vuelta al campo”, despertaron elogios y palabras efusivas en las columnas de unos de los periódicos más críticos al gobierno por aquel entonces. Este posicionamiento fue profundizándose posteriormente con el apoyo de *La Nación* al intento de permitir las explotaciones petroleras a empresas extranjeras. La coincidencia se consolidó de tal forma que incluso durante el conflicto con la Iglesia, así como luego de los bombardeos de la Plaza de Mayo de junio de 1955, *La Nación* mantuvo una posición que osciló entre la neutralidad y la adhesión al peronismo. Finalmente, desde sus páginas se informó con moderación el derrocamiento de Perón y la instauración de “Revolución Libertadora”. A partir de allí, por

2. *Ibidem*, p. 7.



necesidad y coincidencia política, comenzó a buscar nuevos horizontes lejos del líder y de su movimiento.

Del “avión negro” al retorno deseado. Violencia política y divisiones dentro del peronismo

Dos palabras prefiguraban la profecía. “Perón vuelve” era el grito silencioso que sólo se callaría con el retorno del líder. Era, al final de cuentas, la expresión de deseo de todos sus seguidores. No más que eso, un deseo que sólo hacia 1972 comenzaría a consumarse. El largo camino “del exilio al poder”³ estaba en marcha. Esta nueva etapa que se inicia con los retornos y culmina trágicamente en 1976 -que Maristella Svampa caracterizó como “el populismo imposible”⁴-, se vio marcada entre otras cosas por la aparición en la escena política de “la juventud” como un actor relevante. La irrupción juvenil en el peronismo obligó a que se formara una cuarta rama del Movimiento Nacional Justicialista (MNJ), agregándose así a la rama sindical, política y femenina respectivamente. Justamente, será en la rama juvenil del MNJ donde la consigna del peronismo revolucionario generará los mayores consensos, y paradójicamente, también allí se originará uno de los férreos núcleos para su impugnación. Estos disensos dentro de la juventud adquirirán su fisonomía institucional en dos grandes marcos de referencia para las jóvenes peronistas: la Juventud Peronista y la Juventud Peronista de la República Argentina.

La oposición a la autodenominada Revolución Argentina constituyó un marco de referencia que mantuvo cohesionadas las filas de los jóvenes. Esta última afirmación cabría ser matizada, ya que no deja de ser cierto que existían fuertes discrepancias entre las diversas agrupaciones peronistas

3. Un excelente trabajo que aborda la temática es el de Amaral, Samuel y Mariano Plotkin, *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993.

4. Svampa, Maristella, “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, en: James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

juveniles antes de 1973. Si bien durante la dictadura militar de 1966-1973 existió un eje que daba coherencia a todas estas militancias dispares, que las articulaba implícitamente, y esto era la lucha por el retorno del líder, lo cierto es que la paulatina apertura política que comienza en mayo de 1971 con el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional posibilitó a su vez que esos disensos emerjan claramente. Cuando el regreso de Perón empezó a ser considerado dentro de la agenda política, las diferencias sustanciales que existían entre los proyectos que estaban en juego fueron motivo suficiente para desatar un enfrentamiento político que, como era común para la época, se resolvería en términos violentos.

Ahora bien, si con el GAN comienzan las luchas dentro del peronismo por imponer nombres y ganar espacios entre las distintas fuerzas centrífugas que convergieron dentro del movimiento en los años de exilio del líder, lo cierto es que también aquel marcará el inicio de una preocupación compartida entre Perón y Lanusse: ¿qué hacer con la violencia? Claramente, desde el Cordobazo en adelante, la irrupción de una “sociedad desafiante”⁵ y de organizaciones revolucionarias armadas marxistas y peronistas, comenzaron a cuestionar violentamente a la dictadura militar que se mostraba incapaz de resolver el problema en términos políticos. El GAN buscaría solventar éste déficit integrando a Perón como el elemento central para frenar a las organizaciones revolucionarias, aunque, como señala Amaral, “el pacto explícito buscado por Lanusse tenía por objeto apagar el fuego. La violencia, sin embargo, era el mejor argumento de Perón para resistir la integración en los términos impuestos por los militares”⁶. De esta manera, siguiendo a este autor, Perón “debía convencerlos de que solamente él podía frenarla (a la violencia), no porque pudiese controlarla, sino porque occidentales y cristianos, él y su movimiento serían, a pesar de todo, la valla de contención.

5. Torti, María C., “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (Editor), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999,

6. Amaral, Samuel, *Del exilio al poder: la legitimidad recobrada*, en Amaral, Samuel y Mariano Pitokin, op. cit., p. 303.



La violencia era el enemigo común, pero mientras que Perón podía utilizarla, Lanusse, por el origen de su poder, no”⁷.

Desde 1969 en adelante, la autodenominada Revolución Argentina comenzó a transitar el franco camino del fracaso. El tenso recambio interno de Levingston por Lanusse a principios de 1971 evidenciaba que el mismo gobierno militar que había hablado de objetivos y no de plazos, el que había intentado relegar la política para tiempos ulteriores, debía ahora, obligadamente, ceder ante su fuerza. El advenimiento de Lanusse daba paso a la “primacía de la política”⁸, no por propio convencimiento sino ante la incapacidad de gestionar una salida satisfactoria al elemento condicionante de la política argentina de esos años. El peronismo aparecía, entonces, como la *vedette politique* que acaparaba la primera plana de la discusión del momento. Tal vez, el Gran Acuerdo Nacional haya constituido la apuesta más audaz del gobierno militar en el plano político, esto es, la integración del peronismo bajo nuevas reglas de juego. Queda aún en el plano de los interrogantes sin respuestas. Más allá de esto, lo cierto es que el regreso del viejo líder evidenció una vez más que, estando él en el país, su figura mantenía el magnetismo de otros tiempos, y que cualquier fórmula política que pretendiese ser exitosa debía incorporarlo como un elemento constitutivo.

De “los fueros íntimos” a noviembre del ‘72

El 8 de noviembre de 1972, entre los titulares de la primera página de *La Nación*, había uno que se destacaba por sobre el resto: “Anuncióse que el retorno será el 17”. Así, el regreso de Perón a la Argentina tenía una fecha establecida, tal vez un mes más tarde de lo que habría deseado, pero sin dudas, utilizando el 17 como un elemento central en la escenificación

7. *Ibidem*.

8. Parafrazamos una obra ineludible para repensar estos años. Véase: Pucciarelli, Alfredo, *op. cit.*.

de su poder⁹. El por entonces delegado personal del ex presidente, Hector Cámpora, era quien informaba la noticia. Lanusse debía reconocer que a Perón le daba el cuero. El retorno estaba en marcha.

Anunciado el regreso, podría distinguirse en las hojas de *La Nación* diversas voces en las que el periódico centró su atención: por un lado aquellas provenientes del peronismo, y por otra parte la de la órbita castrense. Por sobre ambas, y colocada en un pedestal de imparcialidad, aparecía la voz misma del periódico que jugaba a realizar una y otra vez una síntesis entre ambos posicionamientos. Entre las repercusiones del anuncio del retorno de Perón en la órbita militar, la preocupación de *La Nación* se centró en cuál sería el posicionamiento que adoptaría Lanusse frente a la noticia. En este sentido, señalaba como algo positivo la predisposición al diálogo del presidente de facto alegando que “el Jefe de Estado añadió que el gobierno reafirma su vocación de diálogo y que las puertas están abiertas para el beneficio de la Nación y sus hijos”¹⁰.

Lo que este periódico remarcaba en forma constante era una preocupación compartida con el gobierno militar ante las posibles manifestaciones de los seguidores del líder que pudiesen concluir en actos “subversivos”: “El anunciado viaje de Perón al país fue motivo en los medios castrenses de reuniones y consultas. En ese ámbito se advirtió ayer la existencia de una lógica expectativa, pero sobre todo, confianza en la capacidad operativa que tienen las Fuerzas Armadas para mantener el orden interno ante cualquier intento de alteración”¹¹.

Sin duda, a partir del Cordobazo, los desafíos de la protesta social, así como los que planteaban las organizaciones armadas eran un elemento fundamental a tener en cuenta por el gobierno militar. El anuncio del retorno de Perón agudizó los temores ante posibles desbordes que, según lo interpretaban las principales personalidades del régimen, servirían como el contexto preciso para que puedan aparecer acciones “terroristas”. Las

9. Al respecto véase Balandier, Georges, *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994.

10. *La Nación* (en adelante *L.N.*), 08/11/1972.

11. *L.N.*, 09/11/1972.

constantes reuniones de los altos mandos militares tendían, entre otras cosas, a intentar desactivar cualquier tipo de iniciativas que pudiesen realizarse en esa dirección: “No trascendió lo tratado, pero se desprende que estuvo relacionado con el anunciado retorno y las posibilidades de acción por parte de grupos, perfectamente identificados, y que, según informaciones que se posee, procurarían realizar acciones tendientes a causar actos de sabotaje y depredación, ante el anuncio de que Perón vuelve, con el sólo efecto de intimidación pública. Se sitúa entre estos grupos a todos los de orientación ultraizquierdistas y a las llamadas formaciones especiales provenientes de este sector, fundamentalmente”¹².

Otras de las preocupaciones del gobierno militar, compartidas por *La Nación*, se vinculaba a dos aspectos fundamentales: por un lado, cuáles eran las actividades que Perón desarrollaría a lo largo de su estadía –en especial, si se reuniría con Lanusse y con los partidos políticos–; y por otra parte, la posibilidad de lograr una paz perdurable, entendiendo como un aspecto fundamental para esto el posicionamiento que Perón pudiera asumir ante las organizaciones armadas. Este último aspecto quedará pendiente hasta su regreso definitivo el 20 de junio de 1973, a partir del cual su discurso comenzará a alejarse de cualquier enunciado revolucionario. En cuanto al primero de los aspectos señalados, fue el mismo Cámpora el encargado de clarificar estas cuestiones, primero despejando las dudas sobre el posible aterrizaje en otro aeropuerto que no fuera Ezeiza; el delegado personal “ratificó: [que] ‘el viaje finalizará en Ezeiza, el 17 de noviembre a las 11’”¹³. A su vez, daba a conocer cuáles sería los primeros pasos que daría el líder una vez arribado al país: “Anunció el delegado que, apenas producido el arribo a Ezeiza, Perón dirigirá desde el Hotel Internacional un mensaje al país, y que, entre las 18 y las 19 del mismo día, convocará a una conferencia de prensa. ‘Perón piensa pasar unas pocas horas en el Hotel Internacional’, afirmó. (...) Después Perón se dirigirá a habitar la casa que el movimiento peronista compró en Vicente López, a diez cuadras de la residencia presiden-

12. *Ibidem*.

13. *L.N.*, 10/11/1972.

cial de Olivos (...) También anunció que Perón presidirá el 20, una ‘reunión de trabajo’ en la que se invitará a participar a todos los jefes de las fuerzas políticas y cívicas (entre éstas mencionó a la CGT y a la CGE)...”¹⁴.

A lo largo de los días previos al regreso de Perón, Cámpora debió responder cada uno de los interrogantes vinculados a la estadía del líder en el país. En el único caso que se llamó a silencio fue “cuando se le preguntó acerca de una posible reunión entre el ex presidente y el teniente general Lanusse, respondió: ‘esa es una decisión de ambos...’”¹⁵.

En la órbita castrense el anuncio del retorno provocó la movilización y la preocupación de los altos mandos militares. En este sentido, no resultó extraño que una y otra vez aflorasen entre las páginas del periódico noticias sobre reuniones entre los miembros del gobierno militar tendientes a analizar el escenario político que se modificaría notoriamente una vez que Perón pisara suelo argentino: “El teniente general Lanusse, en su condición de Comandante en Jefe del Ejército, consideró ayer con los generales de división la situación originada por el anunciado retorno al país de Juan Perón y al respecto habría ratificado que en torno de esta eventualidad no existe ningún acuerdo entre el Gobierno y el ex presidente”¹⁶.

Por su parte, ante las “vagas explicaciones” del delegado personal de Perón a la hora de informar sobre las actividades que se proponía desarrollar en el país, el gobierno militar insistió fuertemente en que se dieran a conocer esos detalles. Así, el brigadier Bortot le hacía llegar a Cámpora la siguiente intimación: ““En mi carácter de jefe de la Casa Militar de la Presidencia de la Nación, me veo precisado a reiterar el pedido que se le formulara, con fecha 7 del corriente mes, relacionado con el anunciado arribo del señor Juan Domingo Perón, requiriéndose información detallada del viaje, permanencia en el país y actividades que se propone cumplir. Resulta necesaria esa información, a la mayor brevedad posible, a fin de adoptar adecuada y oportunamente las previsiones que hacen a las medidas de seguridad, tanto en lo referente a la persona del señor Perón, como al resguardo del orden y

14. *Ibíd.*

15. *Ibíd.*

16. *L.N.*, 12/11/1972.



la tranquilidad pública, que es deber indeclinable e indelegable mantener y que este gobierno de las Fuerzas Armadas asume en plenitud. Adoptar estas providencias oportuna y eficazmente ha de contribuir a facilitar el propósito de paz anticipado en reciente mensaje por el señor Perón”¹⁷.

Frente a tal pedido, no fue Cámpora el encargado de despejar las dudas, como lo había sido con anterioridad, sino que se respondió a través de un comunicado orgánico del Movimiento Nacional Justicialista que fue recogido por la prensa. En este, se volvía a insistir en que el retorno de Perón se producía en pos de la reconstrucción nacional, y de la unión y pacificación de los argentinos: “el Movimiento Nacional Justicialista dio un comunicado en el que reitera que ‘el regreso de Perón a la Argentina tiene como finalidad contribuir a la reconstrucción nacional, debiendo, por consiguiente, ser interpretado como prenda de unión y pacificación nacional’. Agregaba que ‘en la obtención del propósito de pacificación el peronismo no será desviado por ninguna provocación no tergiversación interesada en sus expresiones’, y concluye: ‘Consiguientemente, no responderá los agravios personales que se han formulado que puedan expresar en el futuro contra sus dirigentes’”¹⁸.

A medida que el 17 se acercaba la preocupación del gobierno militar dejó de centrarse en las actividades que desarrollaría Perón en el país. Por el contrario, el problema empezó a plantearse en torno a los seguidores del líder que seguramente peregrinarían hasta el aeropuerto. “Guardián del orden” por sobre todas las cosas, el gobierno de Lanusse no podía permitir una masiva movilización de simpatizantes peronistas. En consecuencia, y con el fin de remediar esta cuestión, se lanzó un fuerte operativo de seguridad utilizando el ya sancionado estado de sitio, y con la excusa de garantizar la paz ante posibles actos terroristas “no se permitirán reuniones masivas en todo el país, con lo cual se advirtió que las fuerzas de seguridad no permitirán el desplazamiento de vehículos y personas en gran número hacia el aeropuerto de Ezeiza. La medida conducirá a un mayor control de la seguridad, ‘ya que nadie podría prever –se advirtió- la infiltración de

17. *L.N.*, 13/11/1972.

18. *L.N.*, 12/11/1972.

elementos terroristas entre la multitud'. Fuerzas del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea están realizando movimientos para garantizar la continuidad de diversos servicios"¹⁹.

Algunos sectores dentro del peronismo –fundamentalmente aquellos encargados de la seguridad del acto- compartían con el gobierno militar el temor ante posibles desbordes, o al menos con esas palabras escondían el objetivo velado de marginar a ciertos grupos cuyos postulados comenzaban a ser cuestionados cada vez con mayor violencia. Jorge Osinde sería el encargado de la seguridad, el mismo puesto que ocuparía el 20 de junio de 1973, en los trágicos acontecimientos de Ezeiza. En esta oportunidad, en el primer regreso, Osinde “estimaba factible poder controlar a mucha gente en Ezeiza ante algunas afirmaciones enderezadas a perturbar el orden. ‘Soy el jefe de seguridad’, respondió, y agregó que, como responsable del dispositivo de seguridad, estimaba que, viniendo Perón en prenda de paz, ningún hecho podría ensombrecer ese día ‘el logro de la unidad nacional’, fin principal –subrayó- de la venida de Perón a nuestro país”²⁰.

En este doble registro de *La Nación* entre los representantes y voceros de Perón, y los hombres claves del gobierno militar, hubo una voz que se mantuvo ausente y que sólo se rompería dos días antes del regreso. La aparición de una solicitada del mismo Perón incorporó la voz del líder como la auténtica guía a seguir en los días que vendrían. En ella se vuelve a hacer referencia a la “juventud maravillosa” y se insta a que se mantenga la calma. En un mensaje que apela a lo emotivo como eje articulador, Perón mantiene algunas de las ambigüedades propias del exilio, aquellas que sólo se despejaría con su retorno definitivo: “Pocos podrán imaginar la profunda emoción que embarga a mi alma, ante la satisfacción de volver a ver de cerca a tantos compañeros de los viejos tiempos, como a tantos compañeros nuevos, de una juventud maravillosa que, tomando nuestra banderas, para bien de la patria, están decididos a llevarlas al triunfo (...) También, como en los viejos tiempos, quiero pedir a todos los compañeros de antes

19. *L.N.*, 14/11/1972.

20. *Ibidem*.



y de ahora, que dando el mejor ejemplo de cordura y madurez política, nos mantengamos todos dentro del mayor orden y tranquilidad. Mi misión es de paz y no de guerra. Vuelvo al país, después de dieciocho años de exilio, producto de un revanchismo que no ha hecho sino perjudicar gravemente a la nación. No seamos nosotros colaboradores de tan fatídica inspiración. Agotemos primero los módulos pacíficos que, para la violencia, siempre hay tiempo (...) Hasta pronto y un gran abrazo para todos”²¹.

El 18 de noviembre, la portada de *La Nación* al igual que la del resto de la prensa nacional e internacional, estuvo eclipsada por la llegada de Perón al país. Su imagen junto a la de Rucci se difundió a lo largo y ancho del territorio, y *La Nación* comenzaba a apostar a la figura del líder como un posible recambio siempre que mostrase sus sinceras intenciones democráticas. Si con la “Revolución Argentina” terminaba un capítulo de la historia argentina, el retorno de Perón inicia uno nuevo no menos complejo, signado por los recurrentes e infructuosos intentos de regenerar algunos de los elementos que entre 1945 y 1955 habían sido exitosos. El “populismo imposible” no fue más que la consecuencia de una sociedad profundamente transformada. Sin embargo, ante semejante panorama, la figura de Perón se mantenía impoluta en tanto asomaba como el único hacedor posible de un equilibrio perdurable.

La asunción de Cámpora y Ezeiza

Luego de su breve estadía a finales del 1972 Perón volvía a la tierra del exilio sabiendo que regresaría a la Argentina prontamente. De noviembre del ‘72 a junio del ‘73, el posicionamiento de *La Nación* se iría acercando cada vez más a la figura del líder, y por analogía, a su movimiento. Sin embargo, más allá de esa –por ahora- tibia coincidencia el periódico mantenía alguna de sus ambigüedades. El triunfo de Cámpora en las elecciones de marzo de 1973, y su asunción el 25 de mayo de ese mismo año, definieron

21. *L.N.*, 15/11/1972.

de algún modo la posición de *La Nación* frente al peronismo. La ceremonia de traspaso de mando fue motivo suficiente para que se realizaran diversos balances sobre las experiencias peronistas pasadas a la luz del peronismo que emergía en ese instante. En este sentido, *La Nación* presentaba una línea editorial positiva frente al futuro que se avecinaba. En concreto, veía con buenos ojos el alejamiento discursivo del reciente presidente electo respecto de la etapa del primer peronismo, que se complementaba con la apelación al diálogo multipartidario: “Para estimar, pues, el mensaje en lo que contiene como proyección hacia el futuro del país ha de tomarse como punto inicial no la exaltación partidista del período gubernativo corrido entre 1946 y 1955, sino la experiencia que treinta años de vida política –de los cuales aquel período es apenas un tramo menor- colocan en la voluntad del nuevo presidente al indicar que el camino hacia la grandeza nacional ‘no puede ser la obra de sólo una fuerza política, aunque sea mayoritaria’. Esta idea representa un verdadero replanteo de la tesis predominante en aquellos nueve años. La actitud mental mantiene coherencia con las posiciones de coincidencia multipartidarias reiteradas en los últimos tiempos por el partido del cual proviene el presidente de la República”²².

Sin embargo, a la hora de hacer un balance general sobre la totalidad del mensaje inaugural de Cámpora, las preocupaciones propias de *La Nación* dejaron de centrarse en cuestiones de política global para acercarse a sus intereses más íntimos y profundos. Como era de esperarse, entonces, apareció un discurso cuyas preocupaciones se inclinaban al mantenimiento de ciertas garantías constitucionales, aunque con un tono marcadamente liberal. “En el momento de emitir un juicio global sobre la totalidad del mensaje, digamos que en el cuadro teórico las piezas del conjunto siempre parecen positivas, aunque a no pocas de ellas puedan contraponerse los resultados negativos con que la gestión práctica ha rebatido las promesas doctrinarias. Pero más allá de los aspectos particulares de todo el proyecto que el mensaje comporta hay que anotar la importancia de ciertas líneas de orientación concernientes a la libertad de prensa y al respeto prometido hacia quienes discrepan con

22. *L.N.*, 26/05/1973.



la filosofía del nuevo gobierno. Sobre esas líneas se articula la posibilidad de una etapa creadora en la vida de los argentinos. Entremos en ella con el ánimo de que el deseado bienestar colectivo florezca en medio del fortalecimiento de la dignidad personal de cada ciudadano”²³.

Sin embargo, el triunfo y la asunción de Cámpora no tuvo, en la información de *La Nación*, la gravitación que concitaba la figura de Perón y su regreso al país. En los días anteriores al miércoles 20 de junio, las páginas de *La Nación* se vieron inundadas de diversas solicitadas. La Comisión organizadora del regreso definitivo del General Perón a la Patria, las 62 Organizaciones, la Rama Femenina, y el Ministerio de Bienestar Social, entre otros, manifestaban el júbilo ante el advenimiento del día establecido para el retorno de Perón. Sin embargo, la alegría compartida no podía esconder las fuertes divisiones que presentaba el peronismo dentro de sus filas, que para 1973 se resolvían cada vez en forma más violenta. No habría que perder de vista, que las tensiones entre los distintos proyectos posibles dentro del peronismo se agudizarán en paralelo al proceso de normalización del Movimiento Nacional Justicialista, cuyo fin era lograr la legalización del partido. Éste comenzó, como señala Ladeuix, cuando la secretaría general del MNJ fue ocupada por Jorge Paladino²⁴ en octubre de 1970, aunque el momento en el cual se llevará a cabo los pasos determinantes en la dirección deseada se producirán luego de que Paladino sea reemplazado por Héctor Cámpora en noviembre de 1971. En enero de 1972, la justicia electoral reconocía al Partido Justicialista en todo el país y comenzaban las pujas para definir las candidaturas. Este momento en particular, durante el cual el justicialismo entró en pleno proceso de institucionalización, será telón de fondo de la lucha entre el proyecto de un peronismo revolucionario y el proyecto de la “patria peronista”, que paulatinamente asumirá un carácter estrictamente anti-revolución. Cuando Perón planteaba en julio de 1972 que “no hay peronismo y antiperonismo. La antinomia es entre la revolución y

23. *L.N.*, 26/05/1973.

24. Ladeuix, Juan I., “Entre la institucionalización y la práctica. La normalización del Partido Justicialista en la Provincia de Buenos Aires. 1972-1973”, en: <http://historiapolitica.com>

la contrarrevolución”²⁵, unos veían en sus palabras el respaldo al proyecto revolucionario y otras un fuerte espaldarazo para oponerse a los “enemigos internos”. Esta ambivalencia discursiva comenzará a definirse claramente a favor de uno de estos proyectos a partir del retorno del líder. Su discurso transmitido en cadena nacional al día siguiente de los acontecimientos de Ezeiza omitió mencionar posibles responsables, pero no dudó a la hora de señalar la “infiltración”: “Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan (...) Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales, que por ese camino van mal”²⁶.

El mismo Perón que había apostado a los mecanismos extrainstitucionales de la política para que el movimiento siga vigente a pesar de la proscripción, y el mismo que alentó a las “formaciones especiales” en su exilio, plantaba ahora un discurso legalista. “Hay que volver al orden legal y constitucional como única garantía de libertad y justicia (...) Cada argentino, piense como piense y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho a vivir en seguridad y pacíficamente. El Gobierno tiene la insoslayable obligación de asegurarlo. Quien altere este principio, sea de un lado o de otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua, porque no ha de poderse hacer ni en la anarquía que la debilidad provoca ni en la lucha que la intolerancia desata”²⁷.

En definitiva, de acuerdo a su formación militar le era inconcebible que sea disputado el monopolio de la violencia, pero por sobre todas las cosas que se le cuestionara la centralidad de su figura en la conducción del peronismo. En este sentido, en el mismo discurso del 21 de junio comienza a aparecer otro elemento distintivos que terminará por consolidarse el 1 de mayo de 1974 cuando increpe a los “imberbes”, esto es, la distinción entre los viejos peronistas, aquellos que Juan Carlos Torre ha denominado la “vieja guardia

25. Frase de Perón citada por Liliانا de Riz en su libro *Retorno y derrumbe*, recogida por Calveiro, *Pilar, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005, p. 43.

26. *L.N.*, 22/06/1973.

27. *Ibidem*.



sindical”²⁸, y la “juventud maravillosa” que ahora parecía haber dejado de serlo. “Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento. Ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo de abajo o desde arriba. Nosotros somos justicialistas. Levantamos una bandera tan distante de uno como de los imperialismos dominantes. (...) No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina, ni a nuestra ideología: somos los que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando “la vida por Perón” que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias. Los que pretextan lo inconfesable, aunque cubran sus falsos designios con gritos engañosos, o se empeñen en peleas descabelladas, no pueden engañar a nadie”²⁹.

Perón volvía sabiendo a cuál de los proyectos divergentes dentro su movimiento apostaría. Sus intervenciones comenzarán, cada vez con mayor claridad, a dar guiños inequívocos sobre las nuevas reglas de juego y los márgenes posibles de la política. En estos nuevos marcos establecidos por la llegada del líder, la práctica radicalizada que pregonaba la revolución comenzará a ser impugnada violentamente. En su apelación al orden democrático, se fue erigiendo como la principal barrera a una posible revolución, y esto fue rápidamente distinguido por *La Nación*. Si este periódico había insistido en que Perón diera cuenta de sus credenciales democráticas, luego del discurso del 21 de junio, pero fundamentalmente después del 1 de mayo de 1974 una vez sucedido el conflicto público con Montoneros, esa deuda estaba saldada. En el contexto del momento era mejor el “malo conocido”, Perón, que una posible revolución por conocer. No resulta extraño entonces que luego de los incidentes de Ezeiza las editoriales de *La Nación* simpaticizaran profundamente con las palabras del líder: “El hombre que es dueño del más vasto poder político en la Argentina de hoy ha contribuido ya a

28. Torre, Juan C., *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2006.

29. *L.N.*, 22/06/1973.

crear condiciones capaces de hacer inadecuadas las analogías críticas entre el peronismo de 1973 y el de la época más abrupta³⁰.

El posicionamiento de *La Nación* quedaba definido. Perón y el peronismo eran en 1973 para este diario, algo bien distinto de lo que habían sido en “la época más abrupta”, aquella transcurrida entre 1945 y 1955. Ahora bien, si precisamente *La Nación* planteaba como un halago que el peronismo ya no era lo que fue, tamaña apreciación debería haber despertado cierta incomodidad entre sus seguidores. ¿Cómo veía, en aquel entonces, el periódico más representativo de los sectores tradicionales al movimiento más representativos de los sectores populares? ¿Cuáles eran los motivos por los que ahora apostaba a su continuidad? Entre otras cuestiones, estos interrogantes nos remiten a uno de mayor alcance: ¿Qué es el peronismo?, aparece entonces, como aquella pregunta que mantiene vigente su carácter irresoluble. Más allá de esto, el idilio se construyó en base a la coincidencia en ciertos aspectos significativos para ambas partes.

La muerte de Perón y el fin del idilio

Si la renovada esperanza puesta por *La Nación* en la figura de Perón como el único posible “normalizador” de la agitada vida política del momento resultaba ser una novedad, no resultó para nada llamativo que, luego de la muerte del líder, sucumbiese también ese idilio. Lo cierto es que rápidamente el periódico comenzó a adquirir un posicionamiento abiertamente opositor al gobierno de Isabel Martínez, encontrando en algunos de los miembros de su gabinete –como fue el caso de José López Rega- figuras a partir de las cuales articular su posicionamiento crítico.

Ahora bien, cabría preguntarse entonces, sobre la base de qué elementos se fue construyendo el efímero idilio de *La Nación* y Perón. Sin lugar a duda, uno de los más significativos guarda una estrecha relación con el diagnóstico compartido entre ambos sobre la sociedad de aquel entonces.

30. *L.N.*, 23/06/1973.



En este sentido, el accionar de las organizaciones armadas y las violentas disputas dentro del peronismo constituía las principales preocupaciones compartidas por Perón y *La Nación* que, hacia 1974, se instalaron como las primordiales cuestiones de la agenda política. Como bien destaca José Benclowicz, “la democracia que se inauguraba debía servir para contener la radicalización y combatividad popular que minaba las bases de la acumulación capitalista”³¹. En definitiva, si *La Nación* apostaba a la figura de Perón era porque en él se concentraba la única alternativa institucional capaz de garantizar las reglas fundamentales del orden establecido. Qué entendía *La Nación* por democracia, y cómo su significado fue cambiando a lo largo del tiempo y acomodándose a diferentes coyunturas constituye un trabajo en sí mismo. Claro está, que en este momento, por ella entendía aquella forma de gobierno que garantizase la rentabilidad empresaria y que equilibrase los cuestionamientos y la capacidad de lucha de los trabajadores. Acomodando ese significado a diversas coyunturas, incluso brindando su apoyo a más de un gobierno militar en nombre de la democracia, coincidieron con Perón cuando vieron en él la figura que actuase como el dique de contención ante una sociedad movilizada mucho más allá de las organizaciones armadas.

Justamente, luego de su muerte en julio de 1974 *La Nación* comenzará a transitar el rápido camino a la oposición, alejándose de aquel gobierno que inicialmente había apoyado. Esto no debe entenderse como un elemento contradictorio. Por el contrario, si Perón garantizaba cierta estabilidad, su sucesora en la presidencia, María Estela Martínez de Perón, era –para *La Nación*– la garantía del caos. Con un margen de maniobra cada vez más reducido ante la agudización de los conflictos internos dentro del peronismo, cuestionada fuertemente por las vinculaciones entre el aparato del estado y la represión de grupos paraestatales como la Triple A, *La Nación* comenzó a hacer mella a partir de la fuerte oposición a algunos de sus más cercanos ministros como José López Rega o Celestino Rodrigo.

31. Benclowicz, José D., “*La Nación* y el consenso: del tercer peronismo al golpe del ‘76””, en: *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 7 N° 20, Buenos Aires, abril de 2003.

Sin embargo, como bien señala Benclowicz, a partir de 1975 *La Nación* no sería tan sólo un órgano de la prensa opositora sino que paulatinamente comenzará a constituirse en uno de los eslabones claves en la generación de un consenso en torno a un posible golpe. Es entonces cuando desde sus páginas comienza a montarse una campaña propagandística dentro de la que se destacaba “el empleo de estereotipos, es decir, imágenes fijas e independientes de la experiencia, a los que se suele hacer referencia bajo términos despectivos. El ‘delincuente subversivo’, señalado como el enemigo de la sociedad, es el paradigma de este modelo”³². A partir de este elemento en particular, el de la “subversión”, *La Nación* desarrollará una acción de desgaste sobre un gobierno por demás erosionado debido a sus propias limitaciones. Entre estas últimas, bien podría destacarse la incapacidad de desarrollar un plan económico tendiente a contener la fuerte predisposición a la contestación social. Por el contrario, las medidas adoptadas por el entonces Ministro de Economía Celestino Rodrigo, no hicieron más avivar las llamas de una sociedad que aún mantenía vigente una fuerte gimnasia contestataria que sólo sería subordinada luego de la dictadura militar que se aproximaba con peligrosa rapidez. El plan económico conocido como “el Rodrigazo” provocó, no sólo el aumento extraordinario de la inflación, sino también una fuerte oposición que culminó, a los pocos días de anunciadas las medidas, en el primer paro general realizado a un gobierno peronista. Con esta huelga concluía la presencia de Rodrigo y López Rega en el gabinete, a la vez que comenzaba a delinearse con claridad, como un horizonte posible, la irrupción militar.

Esta última alternativa representó para *La Nación* la salida más acertada ante el “(des) gobierno” de María Estela Martínez de Perón. Sin embargo, como adelantamos en las líneas anteriores, no fue un espectador pasivo sino que asumió un rol protagónico en la elaboración de un consenso en torno a la futura dictadura. A la campaña “antisubversiva” y la férrea oposición a figuras claves del gabinete, habría que agregarle su adhesión y adulación a la dictadura chilena con motivo de la visita de Pinochet al país. En este contexto, el posicionamiento

32. *Ibidem*, p. 125.



que asumió *La Nación* destacaba que “el ilustre huésped es, antes que nada, un destacado militar de carrera al que sólo una singular coyuntura histórica, que puso en peligro la pervivencia de las instituciones democráticas tradicionales en el país hermano lo sacó del austero ámbito castrense para proyectarlo en el difícil campo de la actividad política”³³. Destacar la figura de Pinochet como defensor de la democracia no resuena como una contradicción si es leído en las letras de molde la *La Nación*. Por el contrario, este tipo de argumentación resultó una constante en éste periódico ante los sucesivos golpes de estado. Pero en 1975 no podía sino entenderse como una invitación para que se terminase abruptamente con un gobierno democrático.

Después de las huelgas tras el “Rodrigazo” y las renunciadas de Rodrigo y López Rega, desde las páginas de *La Nación* comenzará a marcarse la temática de la agenda política. Así, la información sobre la dinámica cotidiana de la política partidaria comenzará a quedar relegada ante la mayor presencia entre los titulares de reuniones militares y de información fundamentalmente relacionada a la vida castrense. El golpe estaba en marcha. Se estaba esperando por la construcción de una opinión pública favorable que diera un espaldarazo, aún en forma silenciosa, a la dictadura que vendría. Entre los distintos pilares sobre los que reposaba el consenso de la dictadura militar, aquel que representaba *La Nación* fue uno de los más sólidos y duraderos.

Conclusiones

Como en toda historia de amor, como en todo romance, los finales bien pueden ser de lo más variados. Juramentos rotos, lealtades y traiciones son, la mayor de las veces, moneda corriente cuando nos referimos a cuestiones del corazón. Pero esta relación en especial, este idilio temporario que unió a *La Nación* con el peronismo, tuvo sus particularidades. Hemos intentado dar cuenta de ellas a lo largo de estas páginas. Vale, a modo de síntesis, distinguir la principal singularidad de este idilio, esto es, las razones que motivaron

33. *L.N.*, 18/04/1975. También citado por Benclowicz, *op. cit.*, p. 126.

el acercamiento de *La Nación* hacia el peronismo. En este sentido, habría que decir que fue un romance basado en el interés más frío y calculador, y no en profundos y sinceros sentimientos. Claramente, era *La Nación* la parte más preocupada por mantener vigente esta relación mientras el saldo continuase siendo beneficioso. Al fin de cuentas, fue un amor fingido y como tal, no duraría demasiado, en parte, debido a los cambiantes sentimientos del periódico, en fin, a su fácil enamoramiento.

Lo cierto es que *La Nación* supo ver en el regreso del peronismo al poder y en la figura de Perón la alternativa más sólida para contener los impulsos transformadores que, desde diversos ámbitos de la sociedad de aquel entonces, bregaban por nuevos horizontes de los cuales, más de uno, postulaba al menos la transformación del orden establecido y en otros casos la salida del capitalismo. Perón era la carta fuerte que el periódico jugaba en contra de cualquier tentativa que pudiese modificar los marcos establecidos para la libre empresa y el mantenimiento de la rentabilidad empresarial.

Con la muerte de Perón sucumbían las razones para mantener en pie el idilio que los había unido, a la vez que se abría un nuevo contexto para que *La Nación* buscara otras posibilidades en las cuales depositar su confianza y sus esperanzas. A partir de 1975 se iría haciendo cada vez más evidente que una nueva relación estaba surgiendo, aquella que uniría por un largo tiempo a este periódico con el gobierno militar instalado el 24 de marzo de 1976. No resulta extraño entonces, que el primer editorial de aquella trágica etapa que se inauguró con el golpe de estado sirviese como justificativo para la irrupción militar: “En la madrugada de ayer concluyó el desmoronamiento de un gobierno cuya única fortaleza consistía, en los últimos meses, en el empeño que para sostenerlo pusieron quienes no compartían sus propósitos. Nunca hubo en Argentina un gobierno más sostenido por sus opositores. Tal paradoja se produjo porque donde las autoridades ahora sustituidas sólo vieron el botín de un vencedor electora, la totalidad del país vio la posibilidad de una consolidación institucional”³⁴. Una vez más, como tantas otras veces,

34. *L.N.*, 25/03/1976. Citado también en: Díaz, Cesar y otros, “*La Nación* y la construcción del ‘gran cambio’” en: Díaz, Cesar, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*, Buenos Aires, La Crujía, 2002, p. 95.

La Nación, apelando a la Constitución y a las instituciones democráticas, apoyaba no a quienes la cuestionaban sino a quienes la suprimían.